

Miguel Ángel Pardo

Índice homilias

Febrero 2015

Año de la Vida Consagrada	2
El Señor sana los corazones.....	5
Majestad del Creador y dignidad del hombre.....	7
Nuestra Señora de Lourdes	9
Miércoles de Ceniza	11
Elige la vida	13
Convertíos y creed el Evangelio	15

Año de la Vida Consagrada

Domingo, 1 de febrero de 2015

Textos: Dt 18, 15-20; Salmo 94; 1 Cor 7, 32-35; Mc 1, 21-28

Hemos escuchado uno de los textos más importantes del Nuevo Testamento para entender lo que es la llamada a la virginidad y al celibato. San Pablo que era célibe, siguiendo el camino que había abierto el Señor, nos habla en la primera Carta a los Corintios del matrimonio y de la virginidad; expone que son dos gracias, dos caminos que Dios ha puesto en la Iglesia. También hay un camino nuevo: **dedicarse por entero al Señor y a sus asuntos**, así lo ha descrito san Pablo.

Mañana, si Dios quiere, día que conocemos como el día de las “Candelas”, es la fiesta de la *Presentación del Señor en el Templo*. En procesión vamos entrando en el templo con las velas encendidas acompañando al Señor manifestado como la luz del mundo y celebramos que María y José llevaron a Jesús al templo a los cuarenta días de su nacimiento.

La liturgia dedica, este día de la Presentación de Señor, a celebrar la *Jornada de la vida consagrada*. Este año de forma especial en el que toda la Iglesia estamos viviendo este año 2015 dedicado a la vida consagrada. Así lo vivimos y celebramos Susana, María y yo que somos consagrados.

¿Cómo entender el don de la vida consagrada? Voy a poner dos ejemplos: **la vida de santa Teresa de Jesús** y **la vida de san Juan Bosco**; precisamente este año celebramos el quinto centenario del nacimiento de santa Teresa y el segundo centenario del nacimiento de san Juan Bosco.

¿Cómo nace la vida consagrada? Nace porque el Señor propone este modo de vida, la Iglesia apostólica lo recibe, y el primero que lo acoge es San Pablo, y eso se difunde en la vida de fe. En concreto la vida consagrada nace porque el Señor sale al encuentro en tu vida y te llama. El Señor que nos ha hecho hombre y mujer, y a la mayoría de los cristianos los llama al matrimonio, a otros dentro del pueblo de Dios los llama a vivir otro camino.

Un camino de amor donde se ama al Señor con todo el ser, en alma y cuerpo, entregado del todo a Dios. En el corazón de esa llamada está: **«tú serás totalmente para Mí porque Yo seré totalmente para ti»**. El Señor quiere que nos consagremos a Él, porque nos promete y lo cumple que Él nos llenará por entero la vida. De manera que –como ha dicho san Pablo–, el camino de la vida consagrada consiste en que el Señor nos llama a dejarlo todo para dedicarnos del todo a Él.

El magisterio de la Iglesia explica, que la puerta que abre la vida consagrada es la virginidad y el celibato. Habiendo percibido esta llamada, el hombre y la mujer se sienten totalmente libres para responder; ante la llamada deseamos responder “sí” y comprobamos que el Señor es muy generoso y cumple lo que promete con creces.

Dice san Pablo que los consagrados se dedican a los asuntos del Señor, es decir que cuando el Señor te llama a dejarlo todo y a entregarte por entero a Él, vives dedicado a Él y a la misma vez dedicado a los asuntos del Señor. ¿Cuáles? Los que el Señor te diga.

Y tenemos aquí unos Santos muy distintos: **santa Teresa**, mujer, san **Juan Bosco**, hombre; santa Teresa contemplativa, san Juan Bosco modelo maravilloso de vida activa. Pero los dos tienen de raíz la misma llamada, y de la misma manera han seguido su camino: se han encontrado con el Señor que les ha llamado, han dicho sí y han descubierto, a los pies del Señor, cómo quería que vivieran y qué misión les encomendaba.

– **Santa Teresa** entendió a los pies del Señor, que le pedía dejarlo todo para vivir entregada a Él en oración y en vida comunitaria. Recogidas y apartadas del mundo, descubriendo que ser del Señor es perseverar en una vida de oración buscando la plena unión con Dios, orando y ofreciendo su vida por la salvación de los hombres, donde incluso el Señor quiere que ese apostolado no sea solo de oración sino que en santa Teresa sea también un apostolado de la pluma, donde ella y muchas de sus hijas, han transmitido su vivencia y lo que van aprendiendo de Dios. Dentro de su espíritu están: **san Juan de la Cruz** y **santa Teresita del Niño Jesús**.

A través de una vida así se edifica la Iglesia, porque ¿cómo nos sostenemos los cristianos en la fe? Porque nos ayudamos unos a otros y fluye en la Iglesia la ofrenda, el sacrificio, la oración, la intercesión y unos por otros vivimos la fe.

– **San Juan Bosco**, ciertamente su vida es una maravilla, si alguno tiene tiempo os invito a que leáis alguna biografía de él. Juan Bosco se fía de lo que Dios le dice, siendo niño siente la llamada del Señor hasta que descubre la voluntad de Dios, trabajar en favor de los jóvenes abandonados, los que están en la calle, los que nos tienen instrucción. El Señor le dice: «*tú serás “padre” y “maestro”*».

Te vas a hacer “*padre*” y “*maestro*” de los niños que están desestructurados, que están con la vida familiar rota, que no tienen futuro. Primero “*padre*” y luego “*maestro*”, porque van a sentir en ti que tienen un padre que les quiere, que les ama, que les educa y vas a ser para ellos educador cristiano. ¡Todo un reto, impresionante!

Van pasando los años y reúne a los jóvenes, va creando familia con ellos y van apareciendo los medios necesarios, casas, gente que les ayuda, las fundaciones salesianas que él crea, todo va creciendo porque todo lo pone bajo el patrocinio de **san Francisco de Sales**, otro gran santo.

Aquí vemos cómo Juan Bosco dejó todo para seguir al Señor: él puso en el centro de su vida la Eucaristía y a la Virgen, a los que llevaba siempre en el corazón. Y vivió entregado al Señor y a sus asuntos: los jóvenes necesitados. Y tenemos a uno de los santos más maravillosos de la Iglesia.

Y nosotros ahora ¿qué le pedimos al Señor? Mirad, lo peor que le puede pasar a la Iglesia es perder la fe, porque si pierdes la fe ya no es Iglesia de Cristo. Una de las cosas donde se manifiesta la pérdida de fe es: no creer que el Señor puede llamar a alguien a la virginidad y al celibato, y que eso sea vivible. Porque eso es pensar que Dios no actúa y que Dios no es capaz de llenar y transformar el corazón.

A veces pensamos: «*bueno... sería mejor que los curas se casasen... y todas esas cosas*» Pero..., –¡atención, cuidado!–. En el fondo ¿qué estamos viendo? Que no creemos que la vida consagrada sea un regalo que Dios ha dado a la Iglesia, que es un tesoro, que es posible y que es un bien para ti que estás casado/casada, porque todo lo que Dios da a la Iglesia es un don para todos.

Segundo, si tenemos fe en lo que Dios da a la Iglesia, tenemos que gozarnos de la vida consagrada y **pedir al Señor que la siga suscitando y la renueve**. Vemos como está el mundo ¿verdad? Y vemos cómo por doquier el Señor –como a san Juan Bosco–, sigue suscitando hombres y mujeres que envía allí donde Cristo grita en el pobre y en el necesitado.

Pero también hay que percibir el grito de Cristo que muere porque los hombres no conocen a Dios, aunque tengan lo necesario para vivir, y entonces entramos en una etapa más complicada, que es la tarea de educar, de formar y de evangelizar, que también es una tarea esencial.

Señor gracias por la vida consagrada. Yo, especialmente hoy, le quiero dar las gracias por mi sacerdocio y por mi vida consagrada. Gracias, Señor, por la vida consagrada de Susana, María y yo que formamos la Comunidad de la Presencia del Señor, como pudisteis ver aquí el pasado 4 de octubre de 2014.

Gracias por el matrimonio, por la familia. No se llega a la vida consagrada por desprecio del matrimonio, jamás debe ser así, solo cuando se comprende que el matrimonio y la familia es un regalo de Dios es como puede suscitarse la llamada a la vida consagrada.

Señor, concédenos la gracia de nuevas vocaciones en todos los lugares, en todas las realidades que suscitas en tu Iglesia. Gracias Señor de corazón y suscita nuevos brotes que solo tú puedes dar.

Que así sea



El Señor sana los corazones

Domingo, 8 de febrero de 2015

Textos: Job 7, 1-4.6-7; Sal 146; 1 Cor 9, 16-19.22-23; Mc 1, 29-39

«**El Señor sana los corazones destrozados, venda sus heridas**». En el libro de los Salmos, encontramos un salmo precioso que nos enseña a orar así. Orar es aprender a abrir el corazón de par en par con el Señor, a relacionarse con Él en verdad.

Hoy la Palabra de Dios nos dice esto, que **el Señor sana los corazones destrozados y venda sus heridas**, y es que el hombre no solo está enfermo físicamente, que lo está, sino que también hay heridas en el corazón. Y la Palabra de Dios nos va iluminando ¿por qué? Porque es evidente que hay enfermedades y que el hombre sufre. Creo que esto no es necesario demostrarlo demasiado, porque esto es verdad, precisamente el próximo día once, festividad de la Virgen de Lourdes, celebraremos el día de los enfermos.

La Palabra de Dios también nos da una luz decisiva, nos dice: «**el Señor cura los corazones**». Esto es maravilloso, porque si solo hubiera heridas en el corazón pero no hubiera modo de remediarlas sería una desgracia, pero el Señor nos dice que Él cura los corazones. **Más aún, es su especialidad y uno de los motivos por el cual Él ha bajado del Cielo, para curarnos el corazón.**

Es importante reconocer que tenemos heridas, y que alrededor nuestro también hay muchos que las tienen. El salmo nos enseña que **el primer paso para poder curarnos es reconocerlo**, porque no se puede curar una enfermedad cuando no se quiere ver, lo mismo que estamos pendientes de nuestra salud física y cuando notamos algo enseguida acudimos al médico, así también es importante darse cuenta de otras heridas y el camino no es huir, taparlo o no querer verlo, eso sería el camino contrario a sanar el corazón.

Por eso, el primer paso para que el Señor sane el corazón destrozado es reconocer que llevamos la herida dentro; o bien si lo vemos en alguien cercano tratarlo con mucho cariño, con mucha mano izquierda, hacérselo ver con mucha delicadeza, esperando el tiempo de Dios; reconociendo la verdad aprender a aceptarla y, si es el caso, poner los remedios humanos adecuados. **La Escritura en esto es clarísima, hay cosas en nuestro corazón que solo Dios puede curar.**

Esto forma parte de lo que el Señor nos va enseñando en la medida en que nos relacionamos con Él. Descubrimos que el Señor, **que nos conoce y que sabe lo que nos pasa, se acerca lleno de amor hacia cada uno de nosotros, invitándonos a abrir el corazón y a dejarnos curar.**

Hay una escena muy simpática en el evangelio de san Juan, en la que el Señor se acerca a un enfermo en la piscina de Betesda y le pregunta directamente: «**¿quieres recobrar la salud?**» Buena pregunta. El enfermo no responde **sí** como era de esperar, sino que le cuenta su situación: «Señor, *estoy aquí esperando a que alguien me acerque para ser el primero en llegar al agua y poder curarme*».

Está claro que la respuesta que tenía que haber dado es: *Sí quiero quedar sano. Pero cuando nosotros tenemos una idea de las cosas no pensamos que haya otro camino, y el camino es tan sencillo como hablar con el Señor y dejar que el Señor nos cure, como le sucedió al enfermo que estaba delante de la piscina.*

El Señor sana los corazones cuando reconocemos lo que nos pasa, cuando acudimos con confianza a Él y nos abrimos de corazón. Y ahí el Señor nos invita a hacer un camino con Él para experimentar algo maravilloso, **y es que Jesucristo es médico de los corazones.** En la antigüedad cristiana, **uno de los títulos más importantes de Jesucristo es el de médico, así llamaban al Señor, médico de nuestras almas y nuestros cuerpos, porque es el que verdaderamente puede curar.**

El salmista a continuación hace una alabanza a Dios por las cosas creadas, para expresar que aquel **que ha creado todas las cosas es el único que es capaz de curar tu corazón, el que tiene poder divino lo puede curar todo.** El Señor está vivo y hoy camina por todos lados, nos busca y le atraen nuestras heridas, quiere curarnos todo, hasta lo más profundo, especialmente esas heridas tan difíciles pues a esas quiere llegar el Señor, con todo su amor y con todo su cariño. Y cuando experimentamos esto, le damos gloria, le alabamos, le bendecimos y le damos gracias por las maravillas que es capaz de hacer, en silencio y en lo más profundo del corazón.

Y cuando esto es así, el Señor también nos convierte en instrumentos de su misericordia, nos convierte en testigos para poder acercarnos a los demás, y ser cooperadores de esa obra de Dios de curar los corazones. Aunque, por otro lado, sabemos muy bien que hay algo que solo el Señor puede hacer, **solo el Señor puede perdonar el pecado,** pero la experiencia de la vida demuestra que aún perdonando el Señor el pecado, hay veces que eso no basta, porque hay que curar y sanar también las huellas que ha dejado la herida del pecado, bien del propio o bien del recibido unos de otros, que a veces es el que más duele.

Hoy el Señor nos da este gran regalo: *«Mira que estoy a la puerta y quiero curar, ¿me dejas entrar? Porque tú experimentarás el poder que tengo, experimentarás que yo te andaba buscando porque quiero sanar tu corazón. ¿Quieres quedar sana, quieres quedar sano? Sí claro que sí, por supuesto que sí, pues ábreme el corazón para que lo pueda hacer y así podrás ser testigo y podrás ser también instrumento mío, para que los corazones se abran y puedan quedar sanos.*

Que así sea



Majestad del Creador y dignidad del hombre

Martes, 10 de febrero de 2015

Textos: Gen 1, 20-2,4; Salmo 8; Mc 7, 1-13

Hemos escuchado la primera narración de la creación del hombre, y la creación de los días cuarto, quinto, sexto y séptimo. Dios va creando día a día todas las cosas y en el día sexto está la creación del hombre, que expresado de forma maravillosa sigue siendo la luz para entender el sentido de nuestra vida, el sentido de nuestro propio ser: «**Creó Dios al ser humano, a imagen y semejanza de Dios lo creó, varón y mujer lo creó**». Y Dios puso al ser humano en el centro de la Creación para que sometiera y dominara todas las cosas.

Por tanto, **imagen de Dios llamado a llegar a la semejanza, a la plenitud de participar de la gloria de Dios**. Dios ha creado la humanidad como varón y mujer, en la unidad de los dos. Para comprender lo que es el hombre no podemos recurrir sólo al varón ni sólo a la mujer. Para entender al hombre tal como ha sido creado por Dios necesitamos tener delante a los dos, al varón y a la mujer, complementarios entre sí, llamados a una vocación de amor y de fecundidad. Y sigue la narración con la llamada de Dios al hombre: –varón y mujer–, a participar en la obra de la creación siendo colaboradores de Dios.

Y luego viene el último día, el día séptimo. Después de cada uno de los seis días de Creación se ha ido escuchando un estribillo: «**vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien**» Así entendemos que la Creación lleva el sello de Dios.

Más adelante escucharemos cómo en esta Creación ha pasado algo, ha quedado herida por el pecado, por lo que tenemos que volver a mirar todo lo que existe con esa mirada de los ojos de Dios, donde Él ha creado las cosas dejando en ellas su sabiduría y su sello.

Tú, yo, cada uno de nosotros llevamos el sello de Dios. Yo no me puedo entender a mí mismo si no miro al Señor y le pido que me explique quien soy, por qué soy así, qué destino tengo, cuál es el camino de vida.

Y llega al séptimo día donde la narración nos dice dos cosas fundamentales: **que Dios descansó y que consagró ese día**. Dios trabaja seis días y el séptimo descansa. Y este día, el séptimo, es el día que consagra.

Poco a poco cuando uno va leyendo la Escritura va entendiendo algo fundamental, y es que Dios ha creado todas las cosas para poder reposar en ellas, para poder descansar en lo que ha creado, para gozar de lo que ha hecho. Y por eso Dios nos crea con el deseo de descansar en nosotros, de reposar de modo total y divino en aquello que Él ha hecho.

De manera que Dios no crea para ir haciendo una cosa detrás de otra, de modo que el trabajar se convierta en el sentido de lo que se hace, sino que **se hacen las cosas para poder reposar en Dios, esto es lo que da sentido a las cosas. Nosotros hemos sido creados para entrar libremente en ese descanso de Dios, para encontrar nuestro descanso en el descanso de Dios**.

Por eso nuestro corazón entiende que estamos llamados a vivir y a cooperar con Él, pero el sentido de la vida no es trabajar sin fin, sino que hemos recibido la vida para poder encontrar

ese día consagrado, ese lugar para entrar en el reposo de Dios. Esto lo dice el autor de la Carta a los Hebreos en el capítulo cuarto: **«esforcémonos para entrar en el descanso de Dios»**. Las criaturas que Dios ha creado, a ti, a mí, a cada uno de nosotros, nos ha creado **para poder encontrarnos en ese abrazo de amor donde uno encuentra el sentido de todo**.

Por eso el Señor nos llama a consagrar especialmente el Domingo, es el día que podemos vivirlo para Él, el Domingo es el signo del verdadero sentido de nuestra vida, porque vivimos para poder encontrarnos definitivamente con el Señor.

Señor, descúbrenos que nos has creado porque deseas reposar en nosotros, porque deseas encontrar en nosotros tu voz, tu agrado, tu complacencia. Enséñanos a aspirar de verdad a ti, a encontrar en ti el sentido de todas las cosas.

Señor, que caminemos en esta vida, con el deseo de entrar en ese descanso donde tú lo serás todo para nosotros, y donde todos juntos podamos encontrar el gozo, la alegría y la felicidad en ti.

Que así sea



Nuestra Señora de Lourdes ⁽¹⁾

Miércoles, 11 de febrero de 2015

Textos: Is 66, 10-14; Salmo (Jdt 13, 18-19); Jn 2, 1-11

Hemos escuchado en este día, donde toda la Iglesia celebra el día del enfermo, las lecturas que propone el leccionario para la Misa de la Virgen de Lourdes, por lo tanto no solo es un día especial para orar, sino también para caer en la cuenta de los miembros del Cuerpo de Cristo que sufren y por todos aquellos que con cariño, con amor –sintiendo la llamada de la caridad o la vocación que el Señor pone en el corazón–, se dedican especialmente a cuidar a los enfermos, familiares y personal sanitario.

Y es un día importante porque la realidad que hoy, de manera especial recordamos, es algo que atraviesa la vida de cada día en la Iglesia, cada uno de los que tenemos familiares enfermos tenemos presente sus rostros y los llevamos en el corazón.

Hoy, la liturgia sitúa este día del enfermo en una fiesta dedicada a la Virgen de Lourdes, que está vinculada a una aparición muy conocida en la Iglesia, lo cual significa dos cosas: primero, que a la hora de enfocar el sufrimiento la Iglesia nos pide que miremos a la Virgen que está presente; y segundo, que a través de ella descubramos su corazón maternal. De manera que al mirar a la Virgen comprendamos que todos nuestros sufrimientos, nuestras penalidades y todo aquello que en nuestra vida es doloroso, aprendamos a vivirlo de la mano de Dios.

Cuando miramos a nuestra Madre, la Virgen, sabemos que nos ama incondicionalmente, que nos quiere, que está pendiente de nosotros, que cualquier cosa que nos sucede, ella misma lo vive y que tiene todo el deseo de remediar nuestra situación.

Pues la Iglesia nos hace mirar a la Virgen para que comprendamos cómo quiere que vivamos todas las cosas en el Señor, comprendiendo también que el Señor está pendiente de nosotros y quiere asistirnos en todo momento.

Pero hay más, y es que la Virgen tiene encargo especial de cuidar siempre de sus hijos, especialmente de los que están más necesitados. El pasaje que hemos escuchado de Isaías nos dice: *«como una madre consuela a su niño así os consolaré yo»*. María es aquella que en medio de la Iglesia tiene la tarea de estar pendiente y consolar a sus hijos que sufren. Como hizo en Caná pendiente de las necesidades de los novios, así está pendiente del dolor, del grito de tantos que padecen el sufrimiento y la enfermedad.

Pero cuando la Iglesia vincula esto a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Lourdes, nos está haciendo caer en la cuenta de una cosa importante: **que María, a la que contemplamos con la tarea de madre que ha recibido de Dios, está viva y presente en el camino de la Iglesia. Allí, en la gruta, a mitad del siglo XIX, la Virgen se manifestó para que comprendiéramos que ella está siempre cercana y que acompaña siempre el camino de sus hijos.**

Y aquella manifestación se ha convertido en un lugar de gracia, donde la Virgen pide que vayan todos los enfermos, los del cuerpo y los del alma. Ella que es la Inmaculada, la que no tiene pecado quiere que acudamos todos allí, para decirnos que el Señor es el que se goza en

curar y sanar al hombre de todos sus males, del peor mal que es el del pecado y del resto de todos los males.

Y más allá de las curaciones, que son muchas y algunas científicamente comprobadas, lo más impresionante del Santuario de Lourdes es el milagro del amor, el milagro del consuelo que se vive allí junto a la Virgen, especialmente ver cómo los enfermos palpan la cercanía y el amor de Dios y cómo allí a los pies de la Virgen encuentran fuerza y gracia para dar sentido a su enfermedad, que es lo más difícil de todo. Cuando uno está sumergido en el dolor lo más difícil es encontrar sentido a esa enfermedad que te viene.

Y allí entre la presencia de la Virgen, entre la caridad de los hermanos, de los voluntarios que se vuelcan con aquellos que sufren, se puede ver el milagro maravilloso de comprobar que muchos encuentran paz, alivio, consuelo y se encuentra con Dios y encuentra un sentido nuevo en sus vidas que sólo Dios puede dar, porque uno descubre que cuando viene el sufrimiento llega el momento más álgido en el camino de seguimiento de Cristo que es participar de aquel misterio con el que el Señor ha redimido al mundo, el misterio de la cruz.

Santa María, Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madres nuestra. Gracias por tu cuidado maternal. Asístenos en los momentos de prueba. Enséñanos a llevar y a ofrecer el dolor y la enfermedad, a ser instrumento del amor de Dios para los enfermos, a ser como tú “corazón maternal” con todos los que sufren.

Que así sea



⁽¹⁾ **NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.** En 1858, el 11 de febrero, la Virgen María se apareció a Bernardita Soubirous en los Pirineos, cerca de Lourdes (Francia), dentro de la gruta de Massabielle, junto al río Gave, y le dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción», confirmando así el dogma mariano que había declarado solemnemente el papa beato Pío IX cuatro años antes, en 1854. La Virgen por medio de Bernardita, joven humilde, llamaba a los pecadores a la conversión, suscitando un gran celo de oración y amor, principalmente como servicio a los enfermos y pobres.

Miércoles de Ceniza

18 de febrero de 2015

Textos: Jl 2, 12-18; Salmo 50; 2 Cor 5, 20-6,2; Mt 6, 1-6. 16-18

En este año dedicado a santa Teresa, vamos a acudir a ella para que nos ayude a entrar en este tiempo de Cuaresma. Nos vamos a fijar en esta imagen que tenemos aquí y que nos viene acompañando desde el comienzo del año teresiano. En la parte superior de la imagen, vemos un lazo en el que están escritas unas palabras que salen de la boca de santa Teresa, es una frase que repetía ella como resumen de su vida: «*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*», son palabras de un salmo ⁽¹⁾.

¿Por qué santa Teresa insistía en el tema de la misericordia? Porque para ella fue impresionante esa experiencia de Dios que con tanto amor la había seguido fielmente, hasta que por fin el Señor conquistó el corazón de Teresa. En su vida experimentó la misericordia de Dios que la sacó de su vida vacía y la convirtió.

Otra frase muy conocida de santa Teresa es: «*la humildad es andar en verdad*» ⁽²⁾. Humildad que ella aprendió de la mano de Dios, es decir, **el encuentro con Dios misericordioso la llevó a ser humilde de verdad**. Y esa humildad es andar en verdad, es decir, descubrir la verdad y a partir de ese momento caminar en la vida. Y ¿cuál es la verdad? Primero, **reconocer que Dios es Dios, porque la verdad es que Dios lo es todo y nosotros no somos más que obra suya**; pero es que además –y en esto insiste mucho santa Teresa–, cuando uno se acerca al Señor descubre que somos pecadores, somos creaturas suyas pero llevamos las heridas del pecado.

Santa Teresa enseña y lo transmite en sus obras, cómo esa percepción de la verdad de nuestro pecado aumenta en la medida en que te acercas a Dios. También nos enseña que la medida para entender la verdad del pecado es cuando miramos a Cristo crucificado. Ese Cristo muy llagado que ella vio en la pasión y que para ella supuso una conversión profunda.

«*Humildad es caminar en verdad*». Descubrir nuestra pobreza no es para quedarse quieto, es para levantarse y empezar a caminar, para andar, para hacer un recorrido de la mano de Dios misericordioso. Cogerte de la mano de Dios y hacer un camino que te haga descubrir tu propia verdad, el conocimiento de ti mismo, de ti misma, no para encerrarnos en nosotros mismos sino para ir descubriendo y reconocer lo mucho que necesitamos del Señor.

Por otro lado, tenemos que tener mucho cuidado con la falsa humildad, a veces reconociendo nuestra debilidad y pobreza nos refugiamos ahí para no movernos, y eso no es así, sino que tenemos que acogernos al Señor que nos invita a andar el camino para transformarnos, para salir de nuestra situación y llenarnos de su misericordia. Ciertamente es un camino de la mano de Dios que cambia nuestra manera de vivir, nuestra manera de relacionarnos con los demás, el trato y las actitudes para que sean verdaderamente desde el Señor.

Hoy es el día en el que se nos impone la ceniza, un gesto que nos recuerda que no somos nada y que un día volveremos al polvo. Pero por otra parte sabemos que el Señor ha bajado del Cielo para descubrirnos cuánto nos ama y cuál es nuestra grandeza. **Y al imponernos la ceniza el Señor nos pregunta: ¿quieres hacer un camino conmigo, en humildad, para descubrir mi misericordia? Esta es la propuesta que hoy el Señor te hace.**

Un camino largo que nos lleva al gozo del amor de Dios, al gozo de la resurrección y al gran don del Señor que es el Espíritu Santo, una vez que Él asciende al Cielo.

El Señor te pregunta: ¿quieres hacer en humildad un camino conmigo para llenarte de mi misericordia? Ahora se nos va a imponer la ceniza y le decimos: «Heme aquí Señor, aquí me tienes, cógeme de tu mano para que yo pueda cantar un día, como santa Teresa, tu misericordia».

Que así sea



(1) Salmo 89 (88)

(2) Moradas 6ª, 10.7

Elige la vida

Jueves, 19 de febrero de 2015

Textos: Dt 30, 15-20; Salmo 1; Lc 9, 22-25

El evangelio que acabamos de escuchar nos ofrece dos grandes luces para el camino de la Cuaresma. Primero, la cuaresma es el tiempo por el cual vamos acompañando el camino que hace el Señor para la redención. Por lo tanto, hemos escuchado el primer anuncio de la pasión y de la pascua; es decir, el Señor lleva en el corazón la tarea fundamental de su vida, que es salvar al mundo a través de la cruz y la resurrección, el Señor lo tiene clarísimo y va viendo el momento oportuno para anunciarlo.

El primer evangelio que abre la Cuaresma es: «*Vamos hacia la pascua*». Vamos a hacer un camino para redescubrir el amor infinito, el amor redentor del Señor. La gracia grande de volver a revivir la grandeza del amor del Señor que se ha entregado por nosotros para salvarnos, y ahora está vivo para comunicarnos la salvación. Esto es lo central. Y después del Señor, nosotros. Primero Él, después nosotros.

Y después del Señor ¿qué hay? Después viene la invitación del Señor: *¿Tú me quieres seguir? Pues entonces tomemos el camino de la cruz*. Resumiendo, eso es lo que nos ha dicho. El camino de la cruz, es el camino de la vida. Este es el gran mensaje. Desde aquí hemos escuchado que la Iglesia, como resonancia a este evangelio, nos ha puesto una de las lecturas del libro del Deuteronomio, libro del Antiguo Testamento que recoge la espiritualidad de la Alianza, y que penetra a fondo el significado de la Alianza que ha hecho el Señor con nosotros.

Esa Alianza que hace Dios con nosotros y que nos invita a renovar todos los días cuando celebramos la Misa. El Señor, a través del sacerdote, vuelve a decir esas palabras: «*sangre de la Alianza nueva y eterna*». La Alianza tiene muchos aspectos, uno de ellos es el que hemos escuchado: «*Ante la muerte o la vida ¿qué quieres? Escoge la vida*». ¿Tú quieres seguir al Señor? Pues si eliges seguir al Señor no pones tú las condiciones, reconoces que Dios es Dios y humildemente como un niño te haces discípulo y le dejas conducir.

En la lectura es Moisés quien está hablando y exhortando, y dice: *¡Elige la vida! ¡Elige la vida!* Esto es lo que nos propone el Señor en este segundo día de Cuaresma: *¡Elige la vida! ¡Elígeme a mí y sígueme!* El texto concreta y dice: «*Amarás al Señor tu Dios escuchando su voz, pegándote a Él*» ¡Qué imagen más bonita! ¡Plof! Te pegas al Señor y le dices: «*donde tú vayas yo voy*» ¡Ahí, pegado al Señor! ¡Pégate a Él que Él es tu vida!

En este día vamos a pedirle al Señor que podamos hacer este doble recorrido, mirar al Señor y dejar que nos convierta siguiéndole, pero eso nos interpela directamente, nosotros no podemos convertirnos ni podemos crecer cristianamente, ni espiritualmente si no participamos de una manera consciente. El Señor nos trata como personas que somos, nadie nos valora y dignifica como el Señor, ¡nadie! El Señor no impone nada. Si quieres le sigues. ¿Quieres seguirle? **Pues pégate a Él.**

Te pedimos Señor en esta tarde, que nos peguemos y nos adhiramos totalmente a ti, de manera que no nos despeguemos nunca, para que tú nos conduzcas hasta lo más profundo de tu corazón, y nos transformes para que podamos ser como tú deseas y como nuestro corazón anhela.

Que así sea



Convertíos y creed el Evangelio I Domingo de Cuaresma

22 de febrero de 2015

Textos: Gén 9, 8-15; Salmo 24; 1 Pe 3, 18-22; Mc 1, 12-15

Después de treinta años viviendo oculto en Nazaret, por fin el Señor sale a manifestarse, y esa manifestación fue en el bautismo, donde estaba Juan. Después cuando Jesús recibe el bautismo descende el Espíritu Santo y Jesús, que quiere hacer la voluntad del Padre, se deja guiar por el Espíritu a través del cual el Padre lo conduce.

Y ¿qué es lo primero que quiere el Padre de Jesús? ¿Qué es lo primero a lo que el Espíritu impulsa a Jesús, después de haber estado toda la vida escondido, y después de haber salido por fin al bautismo? **Esconderlo de nuevo.** ¡Sorprendente! Esconderlo de nuevo, y además a un sitio inhóspito, ya no es Nazaret donde el Señor podía llevar una vida tranquila y apacible, pues no ¡al desierto! Donde apenas hay nada, donde el Señor pasa cuarenta días de oración y de ayuno.

¿Por qué esto? Porque después del bautismo, donde está prefigurada la misión del Señor que es morir y resucitar, el Señor tenía que hacer una obra maravillosa: **entrar en el corazón del hombre. Y lo que vivimos los hombres se nota y se palpa cuando uno está a solas.** Tendréis experiencia de ello. Cuando nos quedamos a solas brota lo que hay dentro. Y Jesús fue al desierto para abrazar nuestros corazones, para que el Padre le pusiera en su corazón lo que hay en nuestros corazones.

Pero además, Jesús fue allí porque en el desierto aparece la prueba, donde el hombre tiene que elegir a Dios. Allí aparece algo que, solo cuando se sigue a Dios, se palpa y se descubre con claridad, y es que el demonio, el enemigo, intenta apartarnos del camino de Dios. Pero sobre todo, Jesús fue al desierto para hacernos comprender una cosa decisiva en su vida y para la vida de la Iglesia, por lo tanto para nuestra vida también y es la siguiente: **Jesús, para cumplir esa misión maravillosa que va haciendo por Galilea, por Palestina y por Judea hasta Jerusalén, todo eso ¿de dónde brota? Brota porque Jesús ha salido de Dios. Por eso después del bautismo se adentra en el desierto, para que entendamos que todo lo que hace Jesús sale de Dios.**

La Iglesia no puede ser Iglesia de Cristo si no entra en Dios, si no se sumerge en Dios, porque podemos saber y decir muchas cosas de Cristo pero lo haremos a nuestra manera, no a la manera de Dios. Por eso es tan importante entrar en el desierto, seguir al Señor en el desierto. Y la Iglesia en el tiempo de Cuaresma ¿qué nos dice? Recordad, para ser cristianos necesitamos también nosotros, a nuestra manera, vivir el desierto del Señor. Es decir, dejar a un lado todas las cosas y adentrarse en un espacio *—como simboliza el desierto—*, un lugar donde vives porque buscar a Dios. **Y es ahí donde podemos volver a tener experiencia del Señor, de los caminos de Dios, de los deseos, de los planes y de las cosas que quiere hacer el Señor.**

Allí, al final, Jesús experimenta la presencia alentadora y gozosa de los Ángeles. Ángeles buenos que caminan con nosotros y nos ayudan. Ángeles que nos acompañan en la Misa, especialmente, cuando al cantar el himno del Cielo: “**Santo, Santo, Santo...**”, nos unimos al coro celestial.

Lo siguiente que sucede es que Jesús espera, y ¿a qué espera? **A un signo**. Y ¿cuál es el signo? **Que apresan a Juan Bautista y lo meten en la cárcel**. Es decir, que Jesús está atento a cómo Dios habla a través de los acontecimientos de la vida. Y el profeta, Juan, que ha maravillado a todos por su fidelidad a Dios y por cómo ha vivido la misión, a ese profeta lo quitan del medio.

Y ahora sale Jesús, que lo quitarán también del medio, más adelante. Tenemos que estar atentos cómo, también, el Señor nos habla a través de los acontecimientos de la vida, y cómo a veces nos abre paso a través de cosas que suceden.

Y por último, Jesús sale a anunciar el Evangelio de Dios. El mensaje es muy sencillo, es el siguiente: **«Dios está cerca»**. Significa: **«Dios está presente con poder para salvar, está cerca el Reino de Dios, el tiempo se ha cumplido porque Dios está aquí para realizar la salvación. Convertíos y creed el Evangelio»**.

El Señor hoy nos vuelve a anunciar lo mismo: **«estoy vivo y estoy en medio de vosotros. Yo soy el que salva, si me dejas lo haré. Si crees y acoges el evangelio experimentarás el Reino de Dios en tu vida»**. Jesús, llamando a la conversión, anunciaba el Evangelio. Por eso la Iglesia nos invita a escuchar la Palabra de Dios, especialmente la vida, obras y palabras del Señor.

Evangelio, que por un lado es la vida, obra y predicación del Señor, y por otro lado, cuando el Señor resucita, la Iglesia anuncia el evangelio que es Jesús resucitado. ¡Jesús es el Evangelio! **«El evangelio que es Jesucristo»**, dice san Pablo.

Hay un texto precioso, en el capítulo catorce del Apocalipsis, **donde aparece un Ángel que se acerca a la Iglesia anunciando el evangelio eterno**¹. Por lo tanto, los Ángeles que asistían a Jesús están siempre cerca de la Iglesia para que recuerde el evangelio de siempre, el único que hay ¡Jesucristo! Como dice la Carta a los Hebreos: **«es el mismo ayer, hoy y siempre»**²

Hoy estamos muy contentos, porque el Señor está cerca, porque **quiere compartir con nosotros los misterios de su vida, quiere que conozcas el desierto si buscas su rostro, si buscas el silencio y la soledad porque ahí Él quiere hablarte al corazón**. Estamos contentos porque aprendemos que el Señor actúa a través de los acontecimientos de la vida y nos habla a través de ellos, si estamos atentos. Y estamos contentos porque el Señor está vivo para salvarnos. El Señor nos dice: **«conviértete y cree en el evangelio que soy yo»**.

Señor, gracias porque estas siempre cercano, ayúdanos Señor a ponernos en camino y a vivir esta Cuaresma como un tiempo de gracia, para convertirnos a ti y poder llegar a ser como tú, evangelio vivo.

Que así sea



¹ Ap 14, 6

² Hb 13, 8